

Tecnocracia y élite política: los technopols y la construcción democrática en Chile

Entrevista a ALFREDO JOIGNANT¹

Licenciado en Derecho de la Universidad de París I Panthéon-Sorbonne. Magíster en Ciencia Política de la Universidad de París I Panthéon-Sorbonne, y doctor en Ciencia Política por la Universidad de París I Panthéon-Sorbonne. Entre sus publicaciones se encuentran *“Los enigmas de la comunidad perdida. Historia, culturas e identidades políticas en Chile”* (2000-2010), *“El gesto y la palabra. Ritos políticos y representaciones sociales de la construcción democrática en Chile”*. Además ha participado en publicaciones como *“La caja de Pandora: el retorno de la transición chilena”*, *“Chili: La Concertación, ou la suprématie menacée”*, *“From politics by individuals to Party Militancy: Socialization, political competition and electoral growth of the Chilean UDI”*. Actualmente se desempeña como profesor titular de la Universidad Diego Portales.

· Luego de transcurridos veinte años de gobiernos de la Concertación y la alternancia del poder hacia un gobierno de centroderecha liderado por Sebastián Piñera ¿Es posible afirmar que la democracia chilena es una democracia madura, diferente a lo que desde la de los noventa llamamos “la post dictadura”?

Sí, es una democracia diferente, muy distinta en forma, lo que no significa que sea una democracia perfecta para nada. Es una democracia con algunas características limitadas, y dentro de aquellas hay limitaciones que ya no tienen que ver con los famosos *“enclaves autoritarios”*, sino que con dimensiones más doctrinarias o ideológicas, y que están en el capítulo introductorio de la Constitución. Y es lo que al final del camino justifica el reclamo de la refundación constitucional de Chile, vale decir, la necesidad de tener una nueva carta, en el sentido en que es una constitución ideológica en donde se prohíbe el Estado empresario, por ejemplo. Hay prohibiciones sobre la función, el papel y la misión del Estado en una sociedad. En fin, es la idea de un Estado mínimo constitucionalizado.

En el año 2005, momento en el cual se promulgaron las últimas reformas constitucionales en el gobierno de Lagos, se eliminaron –en lo esencial– los enclaves autoritarios. Se corrigió la composición del Tribunal Constitucional, del Consejo de Seguridad Nacional, se eliminaron los senadores designados, es decir, todas esas reformas que, vistas desde ojos de demócrata del siglo XXI, eran tan esenciales como evidentes. En fin, una vez que esas reformas fueron materializadas, ahora efectivamente se transita a una discusión sobre el fondo ideológico de la Constitución. Desde ese punto de vista, es una democracia muy distinta en la cual vivimos hoy. Por eso, esta alternancia del poder consagra una cierta definición de la normalidad democrática en donde al final del camino las fuerzas rivales, que son alrededor del 90% del electorado inscrito –digamos el electorado viejo–, luchan por conquistar a un tipo de elector que estuvo dispuesto a sacrificar eventualmente su vida por ideales políticos, pero que ahora se mueve por razones mucho menos épicas, a veces post-materiales (tal como lo entiende Inglehart), y otras por motivos más

1. Esta entrevista fue realizada en agosto de 2011. Su contenido fue preparado y editado para Revista Némesis por Stefania Forno. Agradecemos al profesor Joignant por su disposición a participar del presente número.

privados. Por lo tanto, desde ese punto de vista hay una cierta normalización democrática que se instala con la elección de Piñera, guste o no guste. Eso no hace, sin embargo, de la democracia chilena una democracia definitivamente completa, porque tanto estas “*piñas constitucionales*” de las cuales hablaba...

• ***Que ya no serían enclaves autoritarios...***

Claro, porque lo que cabe entender por enclaves autoritarios son mecanismos y dispositivos institucionales de funcionamiento de la democracia, que limitan el peso de la soberanía popular apelando razones de tutela y vigilancia por parte de fuerzas que carecen de legitimidad democrática. Eso efectivamente ha ido desapareciendo. En ese sentido, el binominal no forma parte de los enclaves autoritarios. Esta es una discusión técnica que está bien cubierta en Ciencia Política. Si la discusión es si el binominal tiene una naturaleza no democrática, mi respuesta es definitivamente “*no es así*”. Tiene una naturaleza democrática en el sentido en que países mucho más democráticos que el nuestro, como por ejemplo un régimen presidencial como el estadounidense o el régimen parlamentario como el inglés, poseen un sistema electoral infinitamente más excluyente que el binominal, que es el sistema uninominal a una sola vuelta, y resulta que nadie está discutiendo la naturaleza democrática de esos países, sobre todo los ingleses que inventaron el parlamentarismo. Por lo tanto ahí hay un asunto que cabe racionalmente despejar.

Agregaré algo más: el sistema binominal es un sistema de naturaleza proporcional, no es un sistema mayoritario, contrariamente a lo que se cree. Se trata de un sistema proporcional cuya singularidad es su homogénea magnitud distrital: dos, la más pequeña de las magnitudes distritales concebibles en un sistema de representación proporcional. Siendo así las cosas, el sistema binominal es un sistema de representación proporcional cuyo efecto –efecto, no naturaleza– mecánico, durante alrededor de veinte años, arrojó mayorías. Eso es lo que se confunde, la naturaleza del sistema con el efecto mecánico del mismo. Y efectivamente este sistema de representación proporcional arrojaba mayorías en la forma de coaliciones que conquistaban una mayoría de escaños en una o en ambas cámaras, pero eso no hace del binominal un sistema mayoritario. Ahora bien, si los senadores designados cumplían la función de revertir la mayoría en escaños a favor de la derecha (que es lo que ocurrió durante muchos años), es cierto, pero eso no es imputable al binominal. Durante veinte años, la Concertación tuvo mayoría en al menos una de las cámaras, incluso durante los dos primeros años del gobierno de la presidenta Bachelet tuvo mayoría en las dos cámaras. Esta mayoría (uni- o bicameral) es lo que se supone en la literatura produce gobernabilidad. En el gobierno de Piñera no existe eso, pero eso no le impide gobernar, no obstante su paupérrima popularidad y el masivo rechazo popular a su administración según todas las encuestas. Es así como respondería a la pregunta de si la democracia es una democracia diferente a la que estuvimos acostumbrados durante los noventa.

• ***Entonces, bajo esta misma línea, ¿Qué es lo que entiende usted por “transición política”, como concepto?, ¿Cuáles serían los límites históricos de la transición chilena a la democracia?***

Ahí hay dos preguntas en una y son dos muy buenas preguntas. En términos conceptuales –y aquí solicito la literatura que se conoce como literatura transitológica–, una transición a la democracia es un intervalo temporal, es decir, un proceso que involucra un tiempo relativo para salir del antiguo régimen (Przeworski usa el término de *extrication*, en inglés) y transitar a un nuevo régimen. Ese es un intervalo temporal, y eso es, estrictamente hablando, una transición. Eso es en términos conceptuales, lo que no es lo mismo a la hora de interrogarse sobre los límites históricos de la transición, en donde la respuesta es empírica y empíricamente muy difícil de responder. La pregunta se plantea para todo proceso transicional, y la respuesta será siempre empírica, lo que no significa que haya una sola respuesta empírica posible. Manuel Antonio Garretón, por ejemplo, sostiene que la transición a la democracia en Chile concluyó el 11 marzo 1990.

· *Claro, él lo ve como un momento*

Pero de todos modos hay en su respuesta un intervalo temporal. La pregunta es cuándo comenzó el proceso transicional, a lo cual Manuel Antonio no responde con claridad, porque privilegia la conclusión del proceso. Yo digo que ésa es una de las tantas respuestas empíricas posibles porque al final del camino hay distintas maneras de responder a eso. De hecho, hace años publiqué un artículo ("*Límites temporales y obstáculos de la transición chilena*", *Infraganti*, 1, febrero de 1999, p.74-82) en donde abordé el problema. Hay distintas respuestas posibles para cuándo terminó este proceso. Para algunos, la transición concluyó –voy a dar cinco o seis respuestas empíricamente posibles– en 1988 por dos razones: primero, porque en 1988 el dictador es derrotado en las urnas, pero enseguida porque se inaugura el articulado permanente de la Constitución. Hasta 1988, vivimos sobre un articulado constitucional transitorio (hay que recordar que el oprobioso artículo 8 de la Constitución del ochenta correspondía al artículo 24 en su articulado transitorio), pero es un detalle: lo que importa es que aquí hay una primera respuesta empírica a la pregunta de cuándo terminó la transición. Segunda respuesta posible, la de Garretón, quien incluso le pone fecha, el 11 de marzo de 1990, con la asunción del mando de la nación por parte de un presidente electo al sufragio universal. Tercera posibilidad: 1989, año de realización de la primera elección presidencial después de casi veinte años, en donde se producen las condiciones políticas e institucionales de producción de la legitimidad popular del gobernante. Cuarta respuesta posible: 1993, momento en el cual los símbolos del poder, que es la banda presidencial, se transfieren por primera vez, desde 1970, entre dos presidentes elegidos al sufragio universal. Quinta respuesta posible: 1995, que es un hito, momento en el cual Manuel Contreras es detenido para transformarse en el símbolo de las violaciones a los derechos humanos en Chile, permanece preso y ahí se va a quedar hasta que se muera. Sexta respuesta posible a la pregunta de cuándo terminó la transición, tal vez en el año 2000, momento en el cual accede al poder por primera vez, después de Salvador Allende, un Presidente de origen socialista, Ricardo Lagos. Y tal vez la transición concluyó, es una séptima respuesta posible, en el año 2005 con la promulgación del último paquete de reformas constitucionales, o tal vez la transición concluyó con la elección de Piñera en tanto encarna la alternancia en el poder. Son varias las respuestas empíricamente posibles: la pregunta es cómo optar por respuestas que sean verosímiles, por ejemplo, para un público ilustrado como el que lee Ciencias Sociales, y que sobre todo produce Ciencias

Sociales. Pero tal vez exista otra respuesta, y que para mí es la correcta. Me parece que la respuesta no recae en el cientista social (quien no posee ninguna superioridad natural sobre el vulgo), sino en los sistemas de creencias de la población, lo que significa que la transición concluyó a partir del momento en que los temas transicionales, y hasta la palabra “transición”, dejaron de producir socialmente sentido, desanclándose de los sistemas de creencias de los ciudadanos chilenos.

· *Sería una dimensión simbólica*

Claro. Por lo tanto, a la pregunta formulada habría varias respuestas posibles, no siempre todas verosímiles, y yo prefiero casarme con una respuesta popular, vale decir, anclar la respuesta empírica en los sistemas de creencias de las personas. Tengo la convicción de que las personas comunes y corrientes ya no creen que la transición no ha concluido. Aún más: sostengo que para las personas comunes y corrientes la transición no sólo concluyó, sino que ya ni siquiera se hacen la pregunta.

· *Pero entonces, la transición, entendida empíricamente como usted dice, no sería la transición entre dos regímenes políticos, ya que eso ya está definido de manera más objetiva*

Eso es en términos conceptuales. Sí creo que sigue siendo válida la definición conceptual de Przeworski como un intervalo temporal entre dos tipos de regímenes. Esa es la definición conceptual de lo que es una transición. En ese sentido, llevo la definición conceptual a una respuesta empírica. Si éste es un problema de intervalo temporal, entonces hay que fijarle parámetros de tiempo, y a partir de ahí, a la historicidad del proceso, lo que debe ser justificado. Pero lo primero es parametrizar el intervalo temporal. Si la respuesta de cuándo terminó la transición es lo que estoy diciendo, es decir, aquel momento en el cual las personas ya no se hacen más la pregunta acerca de si esto es transición o no, entonces habrá que encontrar algún tipo de tiempo histórico para circunscribir el proceso transicional. Ello no quiere decir que nos tengamos que obsesionar por ponerle fecha, cayendo en las trampas del calendario, como bien lo veía Dobry, y que tantas veces hace perder tiempo a los historiadores.

Pero eso nos retrotrae a otra pregunta. Estábamos hablando de cuándo terminó la transición, la pregunta es también cuándo comenzó. Y el mismo problema se va a plantear con la respuesta a cuándo terminó. Yo me temo que hay varias respuestas posibles a cuándo comenzó la transición. Te sugiero dos o tres. Tal vez comenzó la transición en el momento en que la Constitución de 1980 es promulgada, en 1981, porque en ese momento el orden social, político y económico es codificado. Desde ese punto de vista, es un orden que ya no admite respuestas de juego a suma cero, de tipo de “*el que gana, gana todo y el que pierde, pierde todo*”, como en el tiempo previo al de la Constitución, en el que se trataba de aniquilar al adversario. En este caso, el aniquilamiento era unilateral. Esa forma de aniquilamiento ya no es exactamente la misma cuando se transita a un orden constitucional porque, y cito una reflexión de Bourdieu a este respecto en un artículo que se llamaba “*Habitus, código y codificación*”, para aclarar mi argumento. Bourdieu decía en ese artículo (se encuentra publicado como capítulo en *Cosas dichas*) que un orden político deja de ser el mismo –incluso aquel orden más abyecto, como por ejemplo el nazismo alemán– cuando se introducen

codificaciones. Porque incluso leyes inicuas y abyectas, como las leyes raciales sobre los judíos de 1935, permitían a la víctima un mínimo de previsibilidad. Y pienso que efectivamente algo de eso ocurrió a partir del momento en que el régimen dictatorial se constitucionaliza. Eso no lo vuelve democrático, pero lo vuelve mínimamente previsible y eso es completamente distinto, porque está hecho de reglas, inicuas por donde las mires, pero reglas al fin. Es un orden totalmente diferente de aquel otro orden casi hobbesiano que carecía de reglas y de formas.

Segunda respuesta posible sobre cuándo comienza la transición es la que proporciona Gabriel Salazar y que me resulta muy entendible también, que es con las protestas. Es una respuesta a un inicio de transición apelando a una forma de historia por abajo, historia popular o del bajo pueblo. Y tal vez el mundo empezó a cambiar a tal punto que se comenzó a transitar, mental y socialmente, a una forma de democracia que ya tenemos a la vista a partir del momento en que, por primera vez, buena parte del pueblo de Chile y del bajo pueblo empezó a rebelarse frente al orden establecido. Ahí hay otra forma de responder a la pregunta.

Quiero recordar, o en todo caso señalar, que la primera respuesta a la pregunta de cuándo comenzó la transición, se la debemos a Jaime Guzmán, porque es el ideólogo de la puesta en forma de lo inicuo y de lo abyecto, y si se extrema el argumento, uno podría terminar diciendo que el promotor de la transición a la democracia es Jaime Guzmán. Por lo tanto, hay que tener cuidado con la manera en que uno aborda este tipo de preguntas sobre parámetros de tiempo, pero en cualquier caso las respuestas aquí también son múltiples. Y podría seguir encontrando otras respuestas posibles. Tal vez la respuesta resida en el año 1986, momento en el cual fracasa estrepitosamente lo que estaba llamado a ser el año decisivo. Es decir, son muchas las respuestas posibles. Todo eso para ejemplificar cómo se desarrolló esta famosa transición a la democracia.

· ¿Cuáles son los cambios y similitudes que usted observa en la nueva forma de gobernar propuesta por la Alianza por Chile respecto de la forma de gobernar que tuvo históricamente la Concertación? ¿Es esperable un cambio en el modelo de desarrollo y la forma del Estado a partir de esta alternancia en el poder?

Esta nueva forma de gobernar partió con muchas ínfulas, en el sentido de generar algo así como un gobierno de tecnócratas privados, el famoso “gobierno del retail”, o “el gobierno de los gerentes”, y esa forma de gobernar fracasó estrepitosamente, por dos razones: primero, por un cambio de gabinete del que salieron varios de estos gerentes, y en segundo lugar, porque justamente lo que hoy día estamos viendo es una necesidad de administrar no gerencialmente la crisis social que estamos experimentando, sino políticamente. Y eso sólo lo pueden hacer, definitivamente, los políticos. Por lo tanto, ahí yo diría que desde ese punto de vista la nueva forma de gobernar se extinguió por sí sola, al punto que ya nadie habla de ella. Tal vez lo que pueda eventualmente sobrevivir es alguna transformación, –pero no me he preocupado de investigarlo– en los modos de gestión interna del Estado. Puede que allí esté operando la dimensión gerencial, pero en cuanto a forma general y nueva de gobernar, eso sí que es un fracaso.

· *¿Observa entonces alguna diferencia?*

A estas alturas, ninguna, salvo una mayor dosis de incompetencia, la que supongo será abordada por el ingreso de políticos de fuste con el último cambio de gabinete.

· *¿Entonces sería una forma de gobernar parecida a la de la Concertación?*

No, porque ha fracasado la nueva forma de gobernar desde el punto de vista gerencial, y esa es una definición que nunca estuvo presente en la era concertacionista. Esta es la segunda vez que fracasa un gobierno de corte gerencial. El primero fue durante el gobierno de Jorge Alessandri, allá por el año 1963 si la memoria no me falla, momento en el cual los gerentes de empresa salieron y empezaron a ser sustituidos por gente proveniente de los partidos de derecha, concretamente del Partido Conservador y del Partido Liberal.

Pero vamos a la segunda parte de la pregunta. No va a haber un cambio por parte de este nuevo gobierno por voluntad propia en el modelo de desarrollo. Porque ese modelo de desarrollo me imagino que tendría que ver con entregar más mecanismos de generación del bienestar al mercado, por lo tanto a un debilitamiento del Estado y eso lo estoy viendo cada vez menos: ya no posible, sino imaginable. Estoy viendo exactamente lo contrario, pero no porque el gobierno se lo haya propuesto, sino porque el movimiento social está llevando al gobierno a finalmente introducir modificaciones a lo menos al modelo educacional, que hace noventa días eran inimaginables. Pero encaremos las diferencias históricas con la Concertación. Esta es una pregunta delicada. Desde el punto de vista de la manera de cómo se gobierna, las diferencias son enormes. Vale decir, mi respuesta es procedimental. No es lo mismo gobernar a través de partidos –que es lo que hizo la Concertación– que gobernar a través de gerentes y de tecnócratas, por lo tanto yo veo ahí una diferencia dramática. Sin embargo, efectivamente hoy día se están haciendo notorias continuidades muy importantes. Más que continuidades, acomodados concertacionistas con formas heredadas del modelo, entendiendo por modelo más o menos todo: modelo político, modelo económico y modelo social. Y eso se observa particularmente en el ámbito educacional. Efectivamente la Concertación generó transformaciones relevantes en materia educacional en cuanto a cobertura se refiere, pero fue excesivamente timorata, en lo que al gasto público en Educación se refiere. De hecho, hoy día ya vemos las pifias en materia educacional, con preguntas que fueron instaladas por el movimiento social hoy en curso y a las que nadie respondió (y me incluyo, aun cuando nunca estuve en el gobierno). Por ejemplo, ahora que tenemos un parámetro comparado, que son los países de la OECD, resulta que estamos a años luz del gasto público en educación promedio de los países de este club tan selecto con el cual nos queremos medir. Y resulta que la decisión de incorporarse a la OECD venía de antes, eso no es Piñera. Bueno, si esa era la meta, entonces yo definitivamente no entiendo por qué los gobiernos de la Concertación no se propusieron, sobre todo los gobiernos de Lagos y de Bachelet, un plan gradual, qué se yo –lo que voy a decir es debatible– tal vez diez años, para llegar al promedio de gasto público en educación de los países de la OECD. Lo mismo en materia de salud, eventualmente. Parte de la respuesta está en el peso desmedido que han tenido

históricamente en Chile los ministros de Hacienda. Hay un gobierno que yo dejo completamente fuera de este análisis, que es el gobierno de Aylwin. Ese era un gobierno de emergencia. Ese sí que era un gobierno asediado por las amenazas. Eso es real, por lo tanto este es un gobierno que yo dejo un poco aparte. No así todo lo que haya pasado del 98' hasta esta parte, en donde amenazas de regresión autoritaria ya no existían.

· ***Teniendo mayoría en el parlamento también.***

¡Olvidalo! Y ahí es donde yo digo, hubo acomodo. Acomodo en el sentido de comodidad. Algo así como flojera política e intelectual para no emprender reformas. Reformas de corte de centroizquierda, que son reformas de tipo *welfare state*, Estado benefactor, aún cuando Chile ya tiene un pequeño Estado benefactor con a lo menos dos reformas universales que son el (plan) AUGE y la reforma previsional. Efectivamente se podría haber llegado mucho más allá, qué quieres que te diga.

· ***En su libro "Notables, tecnócratas y mandarines", usted presenta junto a Pedro Güell, varios estudios sobre las élites chilenas, que son también los temas de sus más recientes investigaciones. A este respecto, podría decirnos, ¿Cuál es su interpretación sobre la relación entre élites político-partidarias y los tecnócratas a la luz del concepto de technopols? y ¿Cuál sería el desarrollo de esta relación en el contexto chileno?***

Bueno, una cosa son las élites partidarias, otra cosa son los tecnócratas y otra cosa son los *technopols*. Y las diferencias radican en lo que yo llamo las especies de capital, de los cuales se benefician estos distintos grupos. El grupo de *technopols* es una categoría acuñada con alguna forma de intención ideológica por Williamson a comienzos de los noventa, y es popularizada y consagrada por Domínguez en un libro que se llama *Technopols*, en 1997. Se trata de una categoría de origen normativo. Tenía una cierta finalidad de consagración del Consenso de Washington, que a decir verdad fue una enorme confusión porque en la mente de Williamson, que no es un tipo de derecha y que quedó traumatizado por esta historia, viene publicando en distintos *journals* acerca de cómo se produjo un infortunio con esta idea del Consenso de Washington. Williamson nunca quiso decir que el Consenso de Washington era el consenso de los grandes bancos, de las grandes reformas que debían ser implementadas por los países. Eso no era lo que él quería decir. Lo que él quiso decir –allá por el año 1993– fue poner por escrito lo que él, como economista, veía que eran los grandes consensos de la ciencia económica de su tiempo. Y que de ese consenso se podrían, eventualmente, desprender reformas en los países en vías de desarrollo y también en los países desarrollados. Todo esto terminó en un gran lío, un enredo de ideas e intenciones que terminaron por consagrar una definición del Consenso de Washington en tanto concordancia sobre los grandes principios neoliberales.

Los *technopols* son, en la mente de Williamson, aquellos individuos que expresaban particularmente bien el *mainstream* de la ciencia económica de su tiempo. Ahí hay una dimensión normativa porque inevitablemente en ese consenso hay dimensiones neoliberales. Lo que yo hago es un intento de

sociologizar la noción de *technopols*, para lo cual deconstruyo la noción. En la categoría de *technopols*, hay dos especies de capital distintas que confluyen en el mismo individuo, y que es lo que origina su poder y la naturaleza híbrida de su estatus de agente. Hay en primer lugar una dimensión *tech* de los capitales, que es lo que se refleja en la posesión de diplomas de alto prestigio en universidades también de alto prestigio, fundamentalmente estadounidenses, aunque no sólo en ellas, y que finalmente garantizan que estos individuos disponen de los conocimientos más avanzados en tres disciplinas, esto es en Sociología, Ciencia Política y Economía, lo que se conoce como el *mainstream* o la corriente principal de cada una de ellas. Pero existe también y al mismo tiempo una dimensión *pol* de los recursos, porque esta gente no sólo estaba formada por grandes sociólogos, economistas y científicos políticos, sino también por grandes políticos, porque antes de acceder al gobierno, todos, que son veinte en Chile (y dependiendo de cómo se cuenten los podemos llevar a veintidós), todas estas personas que llegaron a ser ministros y subsecretarios durante veinte años, son personas que además fueron miembros de las mesas directivas y de los órganos colectivos superiores de los partidos en los que militaban. Lo que quiero decir es que fueron presidentes, vicepresidentes o secretarios generales de sus partidos, o en su defecto fueron miembros de los órganos colectivos máximos de sus partidos del tipo Comité Central en el Partido Socialista. Por lo tanto, no estamos hablando de personas que no tengan idea de política, puesto que se trata de agentes que, a través de sus capitales, dominan al mismo tiempo en dos campos, el político y el académico. Esta hibridación de sus recursos les confirió una gran centralidad, lo que se empezó a construir en Chile durante la década del ochenta en el contexto de los encuentros, seminarios, coloquios y demases, que tuvieron lugar en instituciones tales como la FLACSO, CIEPLAN, CED, SUR o ILET, entre estas personas y el mundo que venía de las dirigencias partidarias. Este proceso de intercambio simultáneamente político y racional duró años. Ahí se produjeron tres cosas. En primer lugar, las condiciones intelectuales de la renovación socialista, que es un resultado derivado, un producto que no fue el producto principal, aunque ciertamente muy importante. Se produjo, además, una convergencia entre técnicos o tecnócratas, y políticos, lo cual dio paso a una fusión que hizo que los tecnócratas dejaron de serlo y los políticos natos dejaron de ser políticos natos. Se produjo esta extraña convergencia a escala de un mismo individuo de dos especies de capital. En tercer lugar se produjeron las bases del primer programa de la Concertación –las bases fundacionales de la Concertación como coalición y la base del primer programa de gobierno de la Concertación–.

• **¿Sería entonces, un fenómeno de centroizquierda?**

Fue un fenómeno de centroizquierda en Chile, aunque no tiene por qué serlo sólo de este lado del espectro, ya que uno podría perfectamente imaginar algo parecido en el mundo de derecha.

• **¿Los Chicago boys, entonces, no serían *technopols*?**

No, no eran *technopols*. De hecho, los *Chicago boys* eran tecnócratas, ya que no tienen ninguna trayectoria partidaria previa. Están completamente fuera de la dimensión *pol*, aunque no de la ideología disfrazada de ciencia, como tampoco de la dictadura en donde participaron activamente. Ellos son

tecnócratas de frentón. No así, eventualmente, Sebastián Piñera. Es el único de los agentes de esta nueva forma de gobernar, de la cual ya nadie habla, que entra bien en la categoría de *technopol*. Fue senador, fue presidente de partido, y además es doctor en Economía en Harvard, es decir, tiene todos los atributos *tech* y *pols* de los capitales. Pero no me he preocupado de investigar el asunto de los *technopols* en este gobierno. No así en los gobiernos de la Concertación.

Ahora bien, ese grupo *technopol* fue central, predominante, al punto de monopolizar el poder político durante el gobierno de Aylwin. Pero ese grupo declinó en poderío a medida que avanzaba la línea del tiempo. Y lo que ocurría a medida que avanzaba la línea del tiempo, es que la transición se estaba extinguiendo. Eso me hace pensar que los *technopols* chilenos fueron un grupo esencial. Yo los admiro mucho por su coherencia e independientemente del contenido de las ideas de política y de política pública que ellos puedan haber encarnado, aún cuando produjeron efectos perversos, como muchas veces ocurre en los gobiernos, como por ejemplo el haber desmovilizado la sociedad civil apelando a una determinada razón de Estado. Esto se hizo para gobernar la transición. Yo diría que fue un gobierno científico, debido a que se gobernó a través de ideas científicas, es decir, hubo un uso científico del conocimiento para gobernar, lo que era particularmente pertinente para la transición y lo era cada vez menos para gobernar fuera de este intervalo temporal y abordar otras urgencias, como por ejemplo, la educacional.

Otros países también tienen, o han tenido *technopols*. Por ejemplo, la última reforma previsional sueca fue hecha por *technopols*. ¡Y estamos hablando de países que no tienen ningún riesgo de nada! O sea, amenazas de colapso de la democracia remiten a un imaginario enfermo en un país como Suecia. Por lo tanto, pueden existir *technopols* para gobernar otro tipo de procesos regidos por necesidades distintas a lo que se vivió en Chile. También existieron *technopols* en Nueva Zelanda para las reformas modernizadoras de los ochenta, lo que se conoció como el *New Zeland experiment*, y así sucesivamente. Pero en el caso chileno, tuvimos *technopols* para gobernar la transición, y creo que lo hicieron única y exclusivamente, para ser justos con el análisis –porque fue en ese momento en que tuvieron el poder pleno– lo hicieron de manera particularmente bien en el gobierno de Aylwin. Sin embargo, ellos produjeron una definición de lo política y económicamente posible, que duró demasiado tiempo, veinte años. Establecieron límites, y esa definición se la compraron incluso los que no eran *technopols*, y eso ya es un abuso. Porque estos *technopols* chilenos no gobernaron con la misma fuerza a medida que avanzaba el tiempo, fueron perdiendo poder.

· En esta misma línea, usted habla sobre la relevancia que adquirió en el último tiempo la disciplina económica como tecnocracia. Respecto a esto ¿Cómo pensaría el rol y la posición del resto de las Ciencias Sociales en la sociedad actualmente? ¿Cuál es el lugar que le corresponde frente a las demandas sociales planteadas en este periodo de movilizaciones?

Mira, aquí hay tradiciones nacionales, que corresponden a historias nacionales, en donde la Economía no es la disciplina reina: Francia, un país en donde la disciplina dominante es la Historia, frente a la Economía que es una disciplina dominada, y hasta con algo de mala fama en el espacio político e intelectual.

· *Y bueno, en el mismo Chile tampoco siempre lo fue...*

Tampoco lo fue, porque durante mucho tiempo fue el Derecho. Y esto está bien estudiado en el libro de Yves Dezaley y Bryant Garth, *“La mundialización de las guerras de palacio”*. Es un estudio de cinco élites nacionales: Estados Unidos, Chile, Argentina, Brasil y México, en donde se muestra claramente cómo las élites jurídicas fueron desplazadas por las élites de los economistas. Pero en Chile, por las razones que sean, la disciplina dominante es la economía. Y de hecho, a mí me tiene medio hastiado, porque estoy en una especie de cruzada, no porque los economistas estén siempre equivocados. Lo observo con molestia, es una forma de imperialismo ilustrado.

· *Y que va de la mano también con el poco peso que tiene la Ciencia Política, una disciplina que en Chile ha sido subordinada.*

Sí, pero primero, el imperio de la disciplina de la Economía es sin discusión, aún cuando ahora estamos entrando en un terreno del entredicho. Todo el resto de las disciplinas son dominadas, y la que es más dominada es la Sociología. ¿Por qué? Porque es una disciplina que fue muy estigmatizada como una disciplina ideológica, de naturaleza parasitaria, y en donde casi yo te diría sus practicantes o cultores *“eran unos inútiles”*. Así de brutal ha sido el estigma. Y sucede que cuando se hace sociología profesional, se pueden lograr grandes cosas. Por ejemplo, en muchos países, los que dirigen los institutos de estadísticas –equivalentes al INE (Instituto Nacional de Estadísticas) en Chile– no son economistas, sino que suelen ser sociólogos. Acá, por razones misteriosas, muchas veces han sido los economistas los que han dominado el INE. En fin, ahora, frente a eso, la Ciencia Política es una disciplina que cumple un papel curioso, ya que, en primer lugar, es una disciplina más tardía, como disciplina científica es una de las últimas disciplinas de las Ciencias Sociales, y en Chile, muy de las últimas. En segundo lugar, es la disciplina más sexy en este país: en Chile, por razones que no son fáciles de entender, si tú ves el mundo de los columnistas, o bien muchos de ellos son científicos políticos –me incluyo, aunque tengo una sensibilidad muy fuerte con la Sociología– o bien hay un uso recurrente hasta de conceptos y de problemas que provienen de la Ciencia Política. Ahora bien, al mismo tiempo convengamos que la Ciencia Política chilena se encuentra muy emparentada con la Economía, y es lo que se conoce como *“Economía Política”*, es decir, la aplicación de categorías económicas a los objetos políticos. Y eso tiene que ver con la formación de los científicos políticos a nivel de postgrado, quienes la mayoría se ha ido a estudiar a Estados Unidos, lo que se repercutido en una consistente lógica de reclutamiento en algunas universidades chilenas. Eso no significa que *“Ciencia Política = Economía”*, pero de que existan homologías de lenguaje y de posición entre economistas y científicos políticos, no me parece que sea discutible.

Sin embargo, pudiese ser que eso comience a cambiar porque finalmente, las Ciencias Sociales son también algo así como el reflejo de las sociedades de su tiempo. Y tal vez eso comience a mutar, y habrá que ver qué es lo que ocurre con el retorno de mucho sociólogo joven que se está doctorando en Europa a través del programa Becas Chile. Ahora, convengamos también que la Ciencia Política es bastante diversa,

pero habrá que ver cómo vuelven, quiénes vuelven y cómo se insertan en el país. En cualquier caso, Chile nunca ha tenido tanto cientista social de primer nivel, un lujo.

· Volviendo a la relación entre tecnocracia y la élite política, ¿Habría alguna posibilidad, justo en un momento en que el sistema económico chileno y el papel de la economía se ve un poco discutido, de llegar a relacionarse como Ciencias Sociales a la élite política?

En una relación más de igual a igual, es posible. Esa es una muy buena pregunta, que tiene una respuesta de doble naturaleza. La respuesta es hegemonía, y esa respuesta la tienen que producir los propios sociólogos, vale decir, tienen que rivalizar de frente con la Economía, y eso implica varias cosas. En primer lugar, ser escuchado, ocupar los lugares que los economistas ocupan, es decir, entrar en el terreno de ellos. Implica una segunda cosa, tomarse en serio el carácter científico de la Sociología, por lo tanto, no disfrazar como discurso científico lo que es un discurso ideológico. Yo tengo problemas ahí con los estudiantes de sociología, sobre todo de la (Universidad de) Chile, porque yo me formé personalmente con Bourdieu, y francamente las lecturas que se hacen en el campus Gómez Millas de Bourdieu son absurdas, al límite de lo abusivo. Y ahí digo de lleno que algunas formas de la sociología chilena se expresan en un formato anti-disciplinario, o si se quiere no-profesional, no-científico, lo que se traduce en una colonización de corte ideológico de la Sociología. Y eso, créeme, te digo al tiro el resultado: la debacle de la sociología chilena. Ya ni siquiera respecto de la Economía, porque rivalizar con ella, en esos términos, es una derrota asegurada. Pero es una derrota también frente a otros tipos de sociología. Es la derrota contra los *cultural studies* de Estados Unidos, de la sociología que proviene de los estudios culturales en Inglaterra, es la derrota frente a un Boltanski o del Bourdieu genuinamente sociólogo, es la derrota frente a la sociología interaccionista, es la derrota definitiva, digamos, frente a una sociología más profesional. Y qué quieres que te diga, es la derrota frente a la Ciencia Política, también.

Te voy a revelar un secreto que con amigos franceses venimos analizando desde hace diez años, y no lo hemos podido hacer. Hay que formar una internacional de los intelectuales –que es una vieja idea de Bourdieu–, y hoy día diría que más que de intelectuales, de las Ciencias Sociales para colonizar el campo científico, pero con las armas de la Ciencia. En donde la intención política puede, y debe estar siempre presente, pero fundada en razones. Y eso es entrar en una pelea difícil, pero es necesario darla con las mejores armas de la Ciencia y no sólo con la ideología, esa que generalmente adquiere una fisonomía panfletaria que gira en torno a un “sujeto” fantasmagórico de la historia.

· Sabemos que las élites políticas en Chile y en cualquier sistema político en general tienen un grandísimo peso en el diseño del modelo de país y de desarrollo de las sociedades en la que se encuentren, ¿Cómo entendería el rol de estas élites en las transformaciones institucionales y posibles cambios en el modelo de país actual?

Yo creo que desgraciadamente va a haber un límite de raigambre conservadora en lo que a

· Y que se ha dicho también que son de las élites más conservadoras.

Yo considero que es una élite ultra conservadora. ¿Por qué andamos todos entusiasmados con los cabros? Porque es una élite que se renueva constantemente y naturalmente, porque está el fenómeno de salida natural de la universidad, lo que obliga a la renovación constante, por eso es que con ellos vemos tantas cosas nuevas. Ahora bien, ahí nos enfrentamos a otro problema. Yo considero que Giorgio Jackson y Camila Vallejo son los dos proyectos políticos, individuales, más importantes en los últimos veinte años, pero el riesgo que literalmente desaparezcan una vez que salgan de la universidad, es enorme, porque la política activa se los puede comer. Conocí bastante a Rodrigo Roco, era brillante y hoy día no existe. Toda esa generación brillante de la FECH, a lo largo de toda la década del 2000 ¿En qué está hoy día? No existe. ¿Cuál ha sido el destino político de los cabros que fueron presidentes de la FECH, pongamos por caso a Nicolás Grau? Pues me parece que carecen de existencia política y social, y eso lo considero dramático. Lo mismo ocurrió con los dirigentes pingüinos.

· Bueno, también ahí hay una acumulación de experiencia. Podemos decir que lo que ocurre ahora es la misma lucha desde el 2003, o 2005.

No, yo creo que esta es mucho más radical y profunda.

· Pero podríamos decir que hay un aprendizaje.

Pero ese aprendizaje se debiese hacer desde ciertos lugares, como una plataforma mínima, y eso no lo veo. Por lo tanto ahí hay un enorme desafío, pero no altera lo que estoy diciendo acerca de los ingredientes: mundo social, universidad y política de partidos, sean estos últimos viejos o nuevos.

· Se ha dicho que el que nos encontrásemos durante un gobierno de derecha explica en cierta medida el peso que ha tenido el movimiento estudiantil por la Educación dentro de la opinión pública ¿Cuál cree usted que hubiera sido el rendimiento de estas movilizaciones, de haber ocurrido durante un gobierno de la Concertación?

Muy difícil responder a la pregunta porque no tenemos el contrafactual. Hay algo de ciencia ficción, pero sí sé algo. La Concertación efectivamente sufrió movimientos prolongados. Lo de los pingüinos duró dos meses, pero había un cierto límite que la propia Concertación, en calidad de coalición, ya no podía resistir porque se empezaba a desarmar la propia coalición. Este gobierno es al revés: busca que se desarme el movimiento. La Concertación tenía un cierto límite muy tácito, pero también muy obvio, que consistía en que pasado un cierto umbral de tolerancia era la propia coalición gubernamental la que se comenzaba a descomponer. Eso es lo que me hace pensar, con un rango de seguridad bien importante, que la Concertación hubiese cedido muchísimo en temas relevantes como los de hoy, hubiese cedido hace rato. Y no hubiese esperado tanto, hubiesen negociado mucho más rápidamente de lo que lo ha hecho este gobierno.

Sí. De hecho, creo que está todo explicado en la columna, pero mira, el cambio de época tiene que ver con atreverse a hacer cosas que antes no te atrevías. Es extraño, pero con un gobierno como este, vamos a llegar probablemente a las reformas más avanzadas que ni en el mejor momento de la Concertación hubiéramos imaginado. El hecho que el gobierno va a mandar un proyecto de ley sobre desmunicipalización era inconcebible, porque la UDI es municipalista. La UDI no cree en otro modelo que no sea el municipio, entonces es (¿o era? ya no lo sé) inimaginable pensar que agrupaciones de municipios, lo que en Estados Unidos se llaman distritos educacionales, se puedan agrupar para administrar la educación. Lo que no va a pasar, porque no tiene ningún sentido además, es que los colegios vuelvan al Ministerio de Educación, eso no va a pasar. Además no es necesario, porque lo que va a pasar es que van a aparecer nuevos órganos públicos que van a administrar colegios a niveles más agregados y superiores que el municipio. Eso es meterte en el modelo y ya es empezar a corregir estructuralmente el modelo. Es una corrección muy importante.

Cuando hablo de fin de época, hablo de que termina una época excesivamente prudente, donde al final del camino la izquierda era más de centro que de izquierda y el centro quería mimetizarse con ese centro-izquierda que tenía mucho de centro, con lo cual se perdía todo el componente doctrinario de proyecto de izquierda. Frente a eso, estamos viendo un momento de politización de la sociedad, en el sentido en que a través de la movilización de los estudiantes la política ingresó a las casas, con sus papás. Yo lo veo, no a nivel de mi familia, porque mi familia es demasiado política históricamente, ninguna gracia. Me refiero a la relación entre apoderados. Esta cuestión se politizó brutalmente, esto va a tener consecuencias electorales.

· Incluye también a generaciones que ya no participaban políticamente.

Pero tiene un efecto perverso. Si estos cabros no se inscriben y no votan es catastrófico. Toda esta gallá tiene que irse a inscribir al Registro Electoral, y no esperar a que haya inscripción automática. Me temo que este movimiento es tan grande y profundo, que el gobierno va a empezar a correrse con el tema de la inscripción automática, no le va a convenir. Un palo, un apaleo a un cabro son dos o tres votos menos, partiendo por el papá, la mamá y la abuelita. En serio, son dos o tres votos menos. Por lo tanto, esta cuestión se viene muy mala para el gobierno y para la derecha, pero puede también favorecerla si los cabros no se inscriben y finalmente no chantajejan, en el mejor sentido de la palabra, a la política de centro-izquierda. Porque esta es una izquierda social la que se metió en la sociedad chilena. Esto no es de derecha. Esto es una izquierda social, algo inorgánica, pero izquierda social al fin, que desbordó totalmente a los partidos de izquierda clásicos, incluido el Partido Comunista, totalmente desbordado.

Por lo tanto si esta izquierda social no se inscribe y no amenaza a los partidos –o si no forman su propio partido, cosa que dudo que vaya a resultar, pero si no amenaza a la izquierda establecida–, esta cuestión puede terminar en una restauración conservadora. Mayo del 68' (Francia) terminó con una restauración conservadora, el otro día mi papá me lo hizo ver. Un movimiento precioso como fue mayo

del 68', terminó súper mal. La izquierda sólo fue poder en Francia en 1981. Y agreguemos algo más. Por el fenómeno de renovación de la dirigencia, yo creo que acá hay una dirigencia estudiantil particularmente brillante, por lo menos al nivel de Jackson, Vallejo, el vicepresidente de la USACH (Universidad de Santiago), y este cabro Francisco Figueroa, que es bien bueno y tiene pachorra –el resto no los conozco, aunque entiendo que hay mucha ultra metida y no creo que llegue muy lejos, pero estos cabros que acabo de nombrar son más políticos–. Sin embargo, cuando estos mismos chicos salgan de la universidad, el movimiento va a quedar descabezado o muy cortado. Ahí hay un problema que se puede suscitar. Yo tengo dudas, yo sé que la nueva izquierda es activa, incluso Nicolás Grau sigue metido con los cabros, perfecto, pero si eso no tiene una traducción política institucionalizada, y por mucho que no le guste a Gabriel Salazar –lo admiro y lo leo tanto, pero ahí es donde para mí deja de tener sentido su proyecto constituyente y popular– esto tiene que tener una traducción electoral. Si no la tiene, se nos viene una restauración conservadora encima de manera muy evidente.

· Las actuales movilizaciones estudiantiles han puesto sobre la mesa el tema del plebiscito como una salida a lo que desde las Ciencias Sociales llamamos una crisis de representación del sistema político ¿Es, para usted, el plebiscito una manera eficaz de tratar el malestar social o de mantener la representación dentro de un régimen democrático como el chileno? ¿Qué otras salidas del conflicto serían posibles en un país como el nuestro?

Frente al plebiscito tengo una opinión súper clara. No hay ninguna contradicción entre la famosa democracia representativa y los plebiscitos. Hay muchos países avanzados que tienen plebiscitos e incluso plebiscitos de iniciativa popular como Uruguay, por ejemplo, Suiza, en fin, muchos países avanzados, California en Estados Unidos es campeón mundial en materia de plebiscitos. Claro, a veces plebiscitan estupideces y se enredan. El problema está ahí, en qué plebiscitas. Tampoco se puede plebiscitar cualquier cosa, pero este aspecto es soluble.

· Y el problema del que habla Manuel Antonio Garretón, sobre cuánta gente está inscrita para decidir algo plebiscitado.

Y tiene toda la razón, si hay un plebiscito, estos cabros no están inscritos y no van a votar. Por lo tanto es bien absurdo lo que están diciendo, pero mira, hay una forma de enfrentar este asunto, que hemos conversado con varios amigos míos socialistas. Te voy a dar una primicia: se podría eventualmente provocar un plebiscito desde ya. ¿Sabes cómo? Con los plebiscitos comunales. A través de plebiscitos comunales, tú podrías empezar a plebiscitar en cada comuna la municipalización. Porque la educación es municipal, por lo tanto es de pertinencia de municipio y el plebiscito comunal ya está normado. Claro, esto terminaría en el tribunal constitucional, pero podría existir una vía plebiscitaria desde ya.

· A través del cambio del plan de desarrollo municipal.

Claro. Ahora, ¿Cuál es la pregunta que tienes que hacer? No la tengo clara. ¿Estar de acuerdo con el lucro? ¿Será esa la pregunta?Cuál es la pregunta pertinente, porque tienes que hacer una o dos máximo, porque si no es un enredo. Pero se podría incursionar en el mecanismo mediante movilizaciones sociales y vecinales a escala comunal.

Tengo mis dudas sobre si es conveniente hacerlo, por varias razones. La que menos me importa, pero que es razón al fin, es que la derecha va a decir *“esto es un golpe de Estado constitucional”*. Me preocupa que los cabros no voten. Me preocupa que empecemos a plebiscitar tonteras y que por lo tanto se desnaturalice esto. Hay que pensarlo muy bien, pero se puede usar. Esto lo consultamos con varios profesores de Derecho Constitucional. Y en ese sentido, esperar una ley que introduzca el plebiscito no sería necesario para el tema de la Educación. El plebiscito hay que pensarlo para otras cosas y no sólo para el tema de la Educación, en ese sentido, soy un gran partidario de que se adopte el plebiscito como mecanismo de iniciativa popular. Ahora, eso es entregarle todo el poder al soberano, al pueblo, lo que está muy bien, siempre y cuando no se olvide que en Uruguay se plebiscitó dos veces la abolición de la ley de amnistía y se perdió. La ley de amnistía está vigente en Uruguay por voluntad popular, y esa sí que es inapelable, el pueblo votó en contra de abolir la ley de amnistía, para que pensemos realmente que podría ser un arma de doble filo. Hay que tener mucho cuidado y hay que saber preguntar. Si tú plebiscitas el día de mañana la pena de muerte yo te digo al tiro cuál es el resultado, se aprueba.

Cuando salió el tema del plebiscito (fue Giorgio Jackson quien lo hizo), se dijo algo así como *“yo ya a estas alturas no me imagino otra salida que un plebiscito”*. Entiendo, porque es el momento del bloqueo. Tal vez lo que había que hacer acá para salir de este entuerto es que en algún momento dado va a haber que negociar. Negociar por ejemplo en un plan a diez o doce años, elevar el gasto público al promedio de la OCDE, que se mide sobre el PIB y es mucho dinero. Y eso que los cabros ya obtuvieron una baja en las tasas de interés del Crédito con aval de Estado del 6 al 2%, que es súper impresionante como reforma, digan lo que digan los economistas sobre su justicia, la que ellos definen en términos económicos y rara vez en términos normativos y de justicia distributiva. Entiendo la reivindicación de educación gratuita para todos, pero esta discusión hay que llevarla a una discusión sobre justicia redistributiva, una discusión más intelectual y normativa. Acá hay que leer a Rawls, a Dworkin, en fin, intelectuales que nos pueden orientar con criterios de justicia.

· Y ahí volvemos a la pregunta anterior, ¿Quién tiene que dar luces para resolver este problema?

Los economistas no pueden ser, al menos no los nuestros. Sí un Amartya Sen. Me gustan mucho las políticas universales, porque me inscribo en un paradigma socialdemócrata, lo que me lleva a razonar en términos universales, por ejemplo en una educación gratuita para todos, a lo cual un economista diría –en este caso con mucha razón– que no tiene sentido económico en un país con recursos escasos regalarle la educación gratuita a quienes se la pueden pagar. No es necesario. Ahí es donde hay que retroceder, ¿me entiendes? No es necesario pagarle a la gente que vive en Las Condes, no es necesario que me lo paguen a mí o a mis hijos.